

plan de un hermoso anfiteatro, doble o triple del primero. Frecuentemente me había comunicado su disgusto por la lentitud de la administración sobre la adopción de un proyecto ya antiguo. Era en marzo de 1866, y se empezaba a abrir la rue Turbigo, donde está ahora la entrada de la Escuela Turgot. Me vino la idea de ir a visitar al ministro de Instrucción pública, M. Victor Duruy, y saber por él si aquella sala tan deseada podría estar construída para la entrada en clases de octubre próximo. ¡ La juventud no duda de nada !

## XIX

El ministro de Instrucción pública, Victor Duruy. — Las condecoraciones. — Fundación de las conferencias en el boulevard des Capucines. — Las proyecciones. — Fundación de la Asociación politécnica de Chaumont. — Vacaciones en el Alto-Marne. — Un tiro científico.

Al llegar al ministerio me llamó extremadamente la atención ser recibido inmediatamente por el ministro, porque me había figurado que era necesario hacer antesala durante mucho tiempo y hasta solicitar una audiencia y esperar el día y la hora acordados. Por una feliz casualidad sin duda el ministro estaba libre en aquel momento. Pero lo que quiera que sea, a mi llegada a su despacho, se levantó, me tendió las manos y me hizo sentar a su lado. Le expuse el objeto de mi visita y me prometió ocuparse de la cuestión y responderme antes de ocho días, lo cual tuvo lugar en efecto. Después me cumplimentó por mis artículos de *le Siècle*, que leía según me aseguró amablemente, con el más vivo interés. Era la primera vez de mi vida que hablaba con un ministro, y me hallaba a la vez honrado y sorprendido de la afabilidad y la sencillez de aquel célebre escritor, cuyas obras hacían ley en todas las escuelas del Im-



perio, y que se sabía tener una gran intimidad con el emperador a propósito de su colaboración en la *Historia de Julio César*. Los ministros tenían entonces el título de Excelencia y había creído deberme atener al uso empleando algunas veces esta palabra, en lugar de llamarle simplemente señor ministro. Yo tenía 24 años y él 55. Había nacido en 1811, y la deferencia era de regla bajo todos conceptos.

— ¡Excelencia!, me replicó. ¡Oh, una Excelencia que va a los gabinetes! ¿qué piensa usted de esto, señor astrónomo? Usted que vuela tan alto, tiene usted razón en decir en sus obras que los habitantes de nuestro planeta son bastante imperfectos. No; nada de Excelencia entre nosotros.

Duruy tenía una hermosa figura, grande, elegante, rostro expresivo, afeitado, cabeza de romano, ojos vivos, boca admirablemente dibujada y con un aire de nobleza, de bondad y de afabilidad repartido por toda su fisonomía. Tenía todos los títulos para poseer mejor que ningún otro los puestos que ocupaba de Gran maestro de la Universidad y de ministro del Emperador. Su reflexión tan inesperada y su manera de ser con un joven que apenas si acababa de entrar en la vida, me mostraron inmediatamente en él un espíritu de juicio superior. Me sentí atraído hacia él, y, en efecto, sin haber abusado jamás de sus preciosos momentos, quedé desde entonces siendo su amigo más sincero y, cuando, más tarde, yo habitaba Juvisy una parte del verano, como él residía en VILLENEUVE-SAINTE-GEORGES, no estando separados el uno del otro más que por el Sena, quedamos, hasta su muerte en excelente relación de vecindad, discutiendo a veces sobre la fragilidad de los imperios y

sobre los caracteres de los hombres. Era un filósofo estoico cuyas conversaciones transportaban a Marco Aurelio, pasando por La Bruyère y La Rochefoucauld.

Victor Duruy fué, con Hoefler y Henri Martin, uno de los hombres perfectos que estimé enteramente. No hay duda que era más ambicioso que el sabio doctor y el eminente historiador; era miembro del Instituto y hasta pertenecía a tres Academias a la vez: Academia Francesa, Academia de Ciencias morales y Academia de las Inscripciones; pero esta fantasía era excusable, porque no debió hacerle perder mucho tiempo. Y, sin embargo... esto sería de examinar. Él no llegó a ser ministro por ambición. Hijo de un dibujante de los Gobelinos y discípulo del colegio de Santa Bárbara, había sido primero profesor de historia en el colegio de Enrique IV, y el rey Luis Felipe le había encargado dar lecciones particulares a sus hijos, el duque de Aumale y el duque de Montpensier. Era republicano, votó contra el príncipe Luis Napoleón Bonaparte y por Cavaignac en el escrutinio de 10 de diciembre de 1848 y, después del golpe de Estado, pronunció *no* en los plebiscitos. Sin embargo, algunos años más tarde, el emperador le hizo llamar y le consultó sobre las instituciones romanas. En 1861, Victor Duruy era nombrado sucesivamente inspector de la Academia de París, maestro de conferencias de la Escuela normal superior, profesor de historia en la Escuela politécnica y, después, en 1862, inspector general.

Entonces fué cuando Napoleón III llamó de nuevo a Duruy a las Tullerías, para consultarle sobre su obra en curso. El profesor de historia no vaciló en



discutir la exactitud de las teorías del emperador sobre « los hombres providenciales » y sobre los casos en que la legalidad puede ser violada « legítimamente ».

— Algunas veces se hacen esas cosas, dijo el historiador al soberano, pero vale mejor no recordarlas.

Napoleón III no modificó su obra, pero no guardó rencor a Duruy por su franqueza; apreció, por el contrario, su independencia de espíritu, y, el 23 de junio de 1863, lo llamó al ministerio de Instrucción pública, en reemplazo de Rouland.

Cuando fué invitado a dejar su puesto a Bourbeau, el 17 de julio de 1869, el emperador nombró a Gressier, uno de los miembros del nuevo ministerio, para llevar a cabo, como colega y amigo, esta comisión un poco difícil. Lo encontró en Villeneuve-Saint-Georges, filosóficamente acostado en la hierba, fumando un cigarro. Duruy no expresó ninguna contrariedad, y dejó solamente escapar estas palabras : « ¡Cuatro mil francos de renta y cuatro hijos ! » Gressier transmitió esta frase al emperador añadiendo : « Hay puestos vacantes de senador ». El emperador se volvió hacia Duvergier, que formaba parte asimismo del nuevo ministerio y le dijo : « Nombradle ». Aquello era darle treinta mil francos por año, pero que desgraciadamente no habían de durar mucho tiempo.

Duruy se había casado en segundas nupcias con una joven encantadora y de inteligencia superior, que era lectora de la emperatriz, aya de los hijos de su hermana, la duquesa de Alba, y que se hizo asidua secretaria e infatigable colaboradora del laborioso historiador. Eran dignos el uno del otro, y aquella fué una

unión perfecta de dos grandes corazones y de dos espíritus de la más alta distinción. Nacido en 1811, Duruy



VICTOR DURUY

Ministro de Instrucción pública bajo el Imperio.  
(1811-1894.)

abandonó el mundo en 1894. No sé justamente lo que fué de su biblioteca después de su muerte, pero pasando un día por la casa de un librero del Quai



Voltaire, noté los dos volúmenes de la *Historia de Julio César*, del emperador Napoleón III, tamaño en 8º, de la primera edición de la Imprenta imperial, con una dedicatoria *de la mano del emperador*, a Victor Duruy. Como yo sabía que el eminente ministro había colaborado en ella, hice la adquisición de aquellos dos volúmenes y los conservo en mi biblioteca como recuerdo del erudito colaborador del que era entonces el dueño de la Francia. La escritura, muy fina, de Napoleón III es bastante característica.

A propósito de Victor Duruy, no creo ser indiscreto recordando aquí una halagüeña marca de su simpatía. Un día del año 1867, en que me había dispensado el honor de invitarme a almorzar en el ministerio, tuve la agradable sorpresa de encontrar, bajo mi servilleta, un estuche que contenía las palmas de Oficial de la Academia, adornadas con una bella cinta violeta. Como mi cara expresaba sin duda una extraña alegría, me dijo: « Usted es ya célebre desde hace cuatro o cinco años: ha publicado varias obras, es redactor de *le Siècle*, del *Magasin pittoresque*, y del *Cosmos*; usted ha trabajado ya considerablemente y, aunque M. Le Verrier me guarde rencor, le ofrezco esta condecoración, mientras viene otra ». Duruy concedía un gran valor al título de Oficial de Academia, hoy tan sin importancia; sus titulares no eran todavía muy numerosos; fundada en 1808, esta distinción universitaria había sido modificada y reconstituida por él mismo, el año anterior, en 1866, y la cinta negra cambiada por la violeta; la consideraba como una recompensa destinada únicamente a los trabajos científicos, literarios o artísticos, sin ninguna preocupación política. Hoy, los diputados son

solos los que hacen dar las palmas, y sirven principalmente a los intereses electorales.

Y puesto que el azar de la pluma me ha traído a hablar de esta condecoración, añadiré que yo no había soñado jamás ver esta modesta cinta violeta transformada en roseta, y las palmas de plata de oficial de Academia reemplazadas por las palmas de oro de oficial de Instrucción pública, cuando unos quince años más tarde, encontrándome en Niza, en los primeros días de enero de 1882, y rebuscando una mañana en la librería al aire libre de M. Visconti, ví a éste correr hacia mí enseñándome el *Oficial* que acababa de recibir. Mi sabio amigo Paul Bert, que había creído poder asociar la Política a la Ciencia y se había encargado de la cartera de Instrucción pública, me había hecho la sorpresa de nombrarme oficial de Instrucción pública. Así es que ambas distinciones han llegado a mí sin que yo haya hecho la menor diligencia para obtenerlas.

Por lo demás, yo había ya recibido un gran número de condecoraciones *ofrecidas* por los gobiernos extranjeros. Me parece muy natural que los jefes de Estado reconozcan, por estas marcas de atención, los méritos de un sabio, como me parece natural que este sabio las acepte. En cuanto a pedir las él mismo, esto es ya otra cosa. Cuando, por ejemplo, a propósito del viaje triunfal a España y cuya observación hecha en aquella ocasión del eclipse total de Sol del año 1900, se me hizo el honor de insertar, el gobierno español me nombró gran cruz de la orden de Isabel la Católica; ¿por qué había yo de rechazar esta distinción, que recuerda el descubrimiento de la América por Cristóbal Colón? Cuando el sabio emperador del



Brasil, don Pedro II vino él mismo a traerme, a mi observatorio de Juvisy, su elegante placa de comendador de la orden de la Rosa, ¿qué motivos tenía yo para rechazarla? Cuando el rey de Rumania y la reina Carmen Sylva me hablaron, en una inolvidable recepción, en su palacio de Sinaia, de una condecoración casi astronómica, la *Estrella* de Rumania, ¿por qué habría yo rechazado el nombramiento de gran oficial de esta orden, que fué firmada el mismo día en el Consejo de ministros? ¿Por qué causas habría yo de rechazar igualmente la gran cruz de Carlos III, de España? Cuando la Grecia y la Italia me ofrecieron sus bellas cruces de comendador ¿por qué habría yo de desdeñar esta atención? Y lo mismo ha sido para una docena de otras condecoraciones con que se me ha querido honrar. Estos no son pagos de servicios electorales, sino marcas de estima de que todo hombre honrado debe mostrarse orgulloso.

Agradezco infinito a Jules Ferry, ministro de Instrucción pública, el haberme concedido la Legión de Honor (18 de enero de 1881) por la invitación que para ello le había hecho Jules Laffitte, director del periódico *le Voltaire*, del que era yo redactor científico. Pero confieso que si hubiera sido necesario que yo mismo hiciera la petición al ministro o al presidente de la República Grévy, a quien yo conocía personalmente, no sé cómo hubiera podido salir del paso.

Si se consideran estas distinciones como recompensas, es el deber de los gobernantes escoger ellos mismos a los que más las merecen, y honrarse con rendirles este tributo de justicia. ¿No se hubiera honrado la República francesa confiriendo, por ejemplo, a Victor Hugo, los títulos sucesivos de Comendador,

Gran Oficial y Gran Cruz de la Legión de Honor, aunque el interesado los hubiera rechazado? ¿No se honró Luis Felipe nombrando el mismo día a Le Verrier caballero y oficial de la misma orden con motivo del descubrimiento del planeta Neptuno?

Pero ya es bastante sobre este punto que, por otra parte no ha sido tratado aquí sino de paso, y a propósito de una amable acción del ministro Duruy.

Esta disertación nos ha hecho olvidar mi curso de astronomía popular.

Por lo demás, nada tengo que añadir sobre el particular, sino que me consideré extremadamente dichoso con ver que el gusto y el conocimiento de la astronomía se difundía y se infiltraba en las filas de las clases laboriosas, frecuentemente tan inteligentes y frecuentemente más instruídas que las clases opulentas. Su éxito se continuó desarrollándose aún, en medio del entusiasmo de los oyentes, que se manifestaba sobre todo el día de la distribución de premios, bajo la presidencia del ministro Duruy, precisamente. La ceremonia tenía lugar en el Circo de Invierno, boulevard du Temple, todos los años en el mes de agosto. Tuve la satisfacción de coronar discípulos que llegaron a ser hombres notables. Estos discípulos eran con frecuencia de mucha más edad que yo. Citaré especialmente al ingeniero italiano Tremeschini, que tenía quizás veinte años más que yo, y que se ilustró después por excelentes instrumentos de óptica y de matemáticas, y el arquitecto Barnout, igualmente de cuarenta a cincuenta años de edad, que se hizo construir un telescopio Foucault por medio del cual se entregó a fructuosos estudios astronómicos.



No siempre se encuentra la recompensa de la pena que uno se toma para servir en algo al progreso de la humanidad.

Un día del año 1866, que a pesar de una gran fatiga debida al excesivo trabajo, y un principio de gripe, había hecho sin embargo mi curso gratuito en la Escuela Turgot, volvía hacia mi casa muy satisfecho del bien moral que aquella instrucción científica parecía producir en la mentalidad de los obreros, y que yo me mecía en sueños de mejoría progresiva de la humanidad mejor esclarecida, ví en la vitrina de un modelador una preciosa estatuíta de la Venus de Médicis, tan graciosamente iluminada que parecía verdaderamente celeste y digna de la brillante estrella de la noche. Había en aquella obra una pureza de líneas y una juventud de formas verdaderamente encantadoras. Hacía mucho tiempo que me había llamado la atención y deseaba poder hacer su adquisición y colocarla sobre un pequeño zócalo, no lejos de mi mesa de trabajo. Aquella noche estaba particularmente bien colocada en el escaparate y resaltaba mejor que nunca para una mirada contempladora. Me informé del precio, que por otra parte no era muy elevado, la compré y la puse con precaución debajo del brazo, teniendo cuidado de ponerla a salvo de las manos y de todo lo que pudiera tropezar con ella. Yo la veía ya colocada en su puesto dando una nota de belleza en mi biblioteca, un poco severa, y pensaba en la Grecia antigua, en Fidias y en las divinidades de Atenas, cuando ví a un muchacho de unos quince años mirarme oblicuamente desde la otra acera de la calle, fijar sus ojos en aquella obra maestra de yeso que yo llevaba con tanto cuidado,

llegar sobre mi brazo izquierdo empujándome con su codo, hacer caer la estatua que se hizo mil pedazos sobre la acera, y echar a correr atravesando la calle, orgulloso y encantado de su heroicidad...

— ¡He aquí la humanidad! exclamé. ¡Mátese usted por ella! En verdad que soy un estúpido, y no debería hacer mi curso el jueves próximo.

Pero olvidé el incidente, continué mis sueños de perfeccionamiento de la humanidad, y mi curso duró hasta el año de la guerra, que nos mostró otro ejemplo de la mentalidad humana, y que cambió sensiblemente la faz de la Francia.

\*  
\*\*

La fama de aquellos cursos condujo a Yves Henry, fundador de la *Société des conférences* del boulevard des Capucines, a invitarme a unir mis esfuerzos a los suyos para asegurar su éxito (1866).

Estas conferencias, como se recuerda todavía, tenían un auditorio asiduo y solícito. Cada quince días, el sábado, trataba un punto astronómico, visitando sucesivamente el Sol, la Luna, los diversos planetas de nuestro sistema, los cometas, las estrellas, los universos lejanos y los esplendores de la inmensidad infinita. Había inducido a un joven óptico, Alfredo Molteni, a reproducir por proyecciones las principales curiosidades del cielo; su tío, director de la casa (rue du Château-d'Eau), se opuso al principio, diciendo que aquello era una fantasía sin porvenir, pero terminó por convencerle. Todo el mundo sabe lo que ha llegado a ser esta casa: yo le metí la fortuna por las puertas.

Habíamos empezado las proyecciones con las



treinta figuras de las *Maravillas Celestes*. Este catálogo contiene hoy millares y millares, y los aparatos están repartidos por todas las escuelas, por todas las casas de educación y por todos los países. Estas proyecciones eran tan útiles, que bien pronto no se pudo prescindir de ellas. Estudiamos especialmente el soplete a la luz oxihídrica, y yo imaginaba las mejores vistas astronómicas, geológicas, etc., que era posible (1).

Un público numeroso y de buen tono se iniciaba así en el conocimiento del universo. La sala estaba llena; era raro que quedara un sitio libre y muy frecuentemente estaba la sala alquilada por adelantado. Notaba que los puntos que conocemos menos son los que más despertaban la curiosidad, por ejemplo, el fin del mundo — o el principio del mundo — o los habitantes de Marte. A todas las imaginaciones les gusta volar hacia lo desconocido.

Habíamos fundado esta sala de conferencias del boulevard des Capucines, 39, en compañía de Emilio Deschanel, letrado fino y delicado, de Francisco

(1) Observé desde el principio que me podía engañar fácilmente al colocar las vistas en el aparato y presentarlas en contra-sentido, porque la lente invierte las imágenes, poniendo lo de arriba a abajo y lo de izquierda a la derecha. Como un día, preparando estas proyecciones, me contrariasen estas inversiones (hay ocho maneras diferentes de colocar los elisés) envié a buscar a casa de un tendero un paquete de obleas blancas y pegué una en el rincón de la derecha hacia abajo, para marcar la verdadera colocación. Esta indicación ha sido seguida desde entonces en el mundo entero.

Se me ha dicho frecuentemente que hubiera debido reservarme un interés cualquiera, por el principio, del uno por ciento, por ejemplo, sobre la venta de todas las vistas científicas preparadas por mí, durante quince años. Jamás he pensado en ello.

Sarcey, crítico dramático, de Lapommeraye, Chavée, Lissagaray, Julio Simón, Federico Passy y otros oradores. La sala de conferencias del boulevard des Capucines duró unos quince años, hasta que se instaló en el mismo sitio el teatro que se conoce. Tuvo sus días de gloria en el centro de París, sobre esos célebres boulevares donde tanto gusta matar el tiempo, sin duda, pero donde gusta también instruirse. Si París es la villa donde hay más diversiones, me parece que es también la villa donde se trabaja más. En ella hay para todos los gustos.

Una noche acababa yo de terminar mi conferencia, cuando, aproximándose a mí el buen Henry y tendiéndome mi sombrero, me dijo al oído: « Salga usted pronto por la puerta del público y no entre en mi despacho; mañana le diré el porqué ».

Esto ocurría bajo el gobierno del orden moral y bajo la presidencia de Mac-Mahon. Parece que el comisario de policía estaba con dos agentes en el despacho del director, por cuya puerta salían los conferenciantes después del pago de la sesión. Mi conferencia había tenido por título: *Historia de un planeta extravagante situado entre Marte y Venus*. Este planeta, como debe suponerse, era el nuestro, y había mostrado su extravagancia resumiendo la historia de las guerras que lo ensangrentaban y lo arruinaban en beneficio de algunos ambiciosos. Los aplausos habían sido quizás más vivos que lo necesario. Al día siguiente, domingo, atravesando por la tarde el jardín de Luxemburgo y dirigiéndome hacia el lado de la música, fui sorprendido de ver el gran número de personas que me saludaban. Siempre marchando, me encontraba ser una especie de punto de mira.



Henry, que había venido a verme por la mañana, me hizo saber que había sido cuestión de arrestarme, y que ya los periódicos habían hablado de ello. A esto se limitó el alerta.

Otro recuerdo de aquellas conferencias.

Volvía de ellas una noche a pie. Era en diciembre de 1871, y hacía un frío seco. Al pasar por junto a la columna de Vendôme, entonces demolida, me extrañó ver un faccionario tiritando de frío, montar allí una guardia de honor, como en tiempos en que el Emperador se hallaba sobre el bronce de los cañones transformados. Desde la Commune, no había allí más que la verja y la base de la columna desmantelada. Me aproximé suavemente y le pregunté cortésmente qué era lo que guardaba allí. — « Siga usted su camino! — Pero, añadí, si ya no hay columna. — ¡Siga usted su camino, le digo! — Pero, ¿por qué no dice usted a su sargento que ya no hay columna? » El faccionario me puso entonces la bayoneta al pecho; yo le volví la espalda, y continué mi camino. Sin embargo, algunos días después fué suprimido aquel centinela inútil.

Esta risible guardia se parecía a la historia de Catalina de Rusia (1).

(1) En tiempos del segundo Imperio, paseándose un diplomático francés con el Czar por los jardines de verano de San Petersburgo, notó, en medio de un césped, un centinela inmóvil, y preguntó al emperador lo que aquel hombre hacía allí. « Lo ignoro », respondió el Czar. Y volviéndose hacia un ayudante, le hizo la misma pregunta. Éste fué a informarse a su vez y recibió por todas partes una respuesta que no quería decir dada: ¡Es la orden! Se consultaron los archivos, pero nada se encontró en ellos. Por último, un antiguo lacayo se acordó que su padre, antiguo lacayo también, le había referido tiempos atrás, que allá por el año 1780, la emperatriz

Pero, sin querer, anticipamos los hechos. Volvamos al año 1866. Este año, según dejo dicho, fué la fecha de la fundación de las conferencias del boulevard des Capucines, fundación que tuvo quince años de gloria y de utilidad. Mis clases de la Escuela Turgot eran para el pueblo; mis conferencias eran para el mundo, y de ambos lados reponía el éxito a mis esfuerzos.

Yo no había vuelto a mi país, — ese querido país natal que tan ligado está a nuestro pensamiento y por el que latió por primera vez nuestro corazón — desde el año 1856, o sea desde mi llegada a París, impulsado por inciertos vientos del destino; mis padres habían dejado en Montigny amigos que habían seguido de lejos las peripecias de su existencia, y les habían dado siempre vivos testimonios de estima y afectión. Yo tenía allí todavía parientes más o menos lejanos, y sobre todo, en Illoud, mis adorados abuelos. Por otra parte, se deseaba verme allí, y había formado el proyecto de ir a pasar en el Alto Marne un mes entero y dar una conferencia astronómica en Langres, la capital de mi infancia, y otra en Chaumont, cabeza de partido del departamento, a fin de hacer servir mis vacaciones a una obra útil.

En la redacción de *le Siècle*, M. Havin me animó y me ofreció el permiso de circulación en primera clase, a propósito del cual me había prevenido, como recordarán mis lectores.

Al bajar del vagón en la estación de Chaumont, me sorprendió ver el andén lleno de gente y una

Catalina había descubierto una mañana en aquel sitio una campanilla blanca, cuya flor había prohibido coger. Se había hecho venir un soldado para vigilar sobre la flor, y el faccionario había permanecido allí... durante cerca de cien años.



diputación de los principales personajes de la ciudad acompañando al señor que me había invitado a ir a su casa, M. Geoffroy, de Montigny, fiel de pesas y medidas. Se venía a festejar al hijo del país, cuya visita había sido precedida por una notoriedad ya muy difundida, y, durante las seis semanas que pude consagrar al Alto Marne, permanecí bajo el encanto de un triunfo perpetuo y bien inesperado.

Cada uno de los domingos del mes de agosto fué consagrado a una conferencia, la primera en el Ayuntamiento de Langres, mi distrito natal, la segunda en el teatro de Chaumont, la tercera en Bourbonne-les-Bains y la cuarta en Saint-Dizier; después tuve aún que continuar en Wassy y en Nogent. Al principio había pensado no dar más que dos, en Langres y en Chaumont, pero una y otra tuvieron tal eco, que no pude negarme a las apremiantes invitaciones de las otras ciudades. Estas conferencias eran públicas y gratuitas. La de Langres había inaugurado magníficamente la serie. Durante toda la mañana se vieron llegar por los caminos oyentes de las inmediaciones, especialmente de Montigny. Así es que, reconociendo en el auditorio parientes que yo no había visto desde hacía mucho tiempo y que habían venido para oírme, aquello me emocionó bastante. Mis antiguos profesores también estaban allí. Los periódicos se llenaron dando cuenta detallada de las sesiones. En el primero, en el de Langres, se lee en el número del jueves 9 de agosto: « Nadie es profeta en su tierra, dice un antiguo proverbio, al que M. Camilo Flammarion acaba de dar el más completo mentís. » No quiero dar aquí ningún extracto de estos artículos elogiosos, pero diré que también hubo notas discordantes, las

de las críticas hechas en la *Semana religiosa* de Langres, especialmente, por mi antiguo condiscípulo Lavrillet, entonces vicario en Wassy, y por un proto-notario apostólico, el cura Justino Fèvre, que escribió contra mí una larga serie de artículos, muy laboriosamente estudiados por otra parte, en la *Union de la Haute-Marne*.

También hubo otra nota un poco discordante y de un carácter completamente opuesto. Al final de un banquete que me había sido ofrecido por la villa de Chaumont, y como hubiera terminado mi brindis dirigido a la salud de M. Duruy, « el ministro de Instrucción pública, independiente, progresista y sabio », uno de los principales personajes del banquete retiró ostensiblemente su vaso y lo colocó lejos de él. Era una víctima del 2 de diciembre, que no pudo impedirse de protestar así contra el Imperio (1).

(1) El resultado de este movimiento científico y literario en la cabeza de partido del departamento del Alto Marne, fué la creación de una rama de la Asociación politécnica de París, con cursos gratuitos y públicos en el Ayuntamiento. Mi huésped, M. Geoffroy, se había encargado de profesorar la aritmética; uno de mis lectores y discípulos más entusiastas, el doctor Châtelain, hizo el curso de higiene; un ingeniero del ferrocarril, M. Nel, se encargó de la química; un profesor del liceo, M. Sorel, de la historia; otro profesor, M. Delaunonne, de la geografía y de la cosmografía; un agregado de la Universidad, M. Martin, de la historia natural; M. Guignet, antiguo repetidor en la Escuela politécnica, de las tierras cultivables; M. Lachèze, arboricultor, de la fisiología botánica; y el célebre abogado Merger hizo un curso de derecho, etc. (\*)

(\*) Todos estos colaboradores han muerto hoy, excepto el abogado Merger que tiene actualmente (1911) 98 años.

Después de las vacaciones tuve que volver al Alto Marne para esta fundación, que inauguré el domingo 18 de noviembre de 1866 por una conferencia en el teatro, sobre *Los Héroes del Trabajo*, y sobre la que, en el *Écho de la Haute-Marne* del 17 de noviembre, se lee: « M. Camilo Flammarion no ha



Durante mi permanencia de seis semanas en el Alto Marne, en cuyo tiempo tuve ocasión de pasar algunos buenos días con mi abuelo y mi abuela, en la viña de la Côte-la-Biche, sobre la colina, en los bosques, en Bourmont y en Montigny, mi cuartel general estaba en Chaumont, porque se había aprovechado de esta circunstancia para organizar fiestas, excursiones a las casas de campo inmediatas, recepciones mundanas, banquetes, reuniones y bailes en los que encantadores enjambres de lindas jóvenes daban una graciosa nota, a veces un poco revoltosa. Las morenas, las rubias, las de pelo castaño claro y castaño obscuro, se disputaban el premio de belleza que me pareció una vez ganado por una roja. Los ojos negros, los azules, las bocas rosadas y las nuca ensortijadas hubieran podido servir de temas a las preciosas estrofas de un poeta educado en la escuela de Ovidio o de Bocacio. Las mujeres tienen razón de ser bellas y repartir a su alrededor la iluminación de sus resplandores y el perfume de sus gracias.

Para un trabajador perpetuo — porque en aquellas vacaciones yo no podía descuidar ni a *le Siècle*, ni al *Cosmos* — aquello era una distracción. Otro género de distracción se me había propuesto más o menos directamente por los hombres políticos. El diputado,

querido volver a París sin asistir a los primeros cursos, y le hemos visto, durante esta semana, mezclarse entre los oyentes en el Ayuntamiento. Lleva a París la convicción de que los profesores están a la altura del puesto que ocupan y que la población acoge como un beneficio una fundación tan útil para el bien de todos y para el progreso de nuestro departamento ».

Así fué fundada la *Association polytechnique de Chaumont*, que duró hasta la guerra.

M. Chauchard, no estaba en perfecto olor de santidad y se pensaba no conservarlo en las nuevas elecciones, que se deseaba fueran más republicanas y más independientes que las anteriores. Pero yo no sentía más ambición por ese lado que del lado de los puestos oficiales, y prefería a todas las cosas la libre investigación científica y la tranquilidad de espíritu necesaria a la meditación.

Durante estas vacaciones excesivamente ocupadas de 1866, en el Alto Marne, los almuerzos, las comidas y los banquetes no escasearon. Un día, en un pueblo, después de un gran almuerzo de unas treinta personas de lo más notable, me ví inducido a hacer una experiencia bastante curiosa. Se había hablado de todo un poco, y sobre todo de una discusión mantenida por los periódicos sobre una ruidosa obra de Buchner, *Fuerza y Materia*, para la que yo preparaba una respuesta. Entre los comensales había algunos cazadores.

— ¿Saben ustedes lo que mata en una bala? dije. Pues bien, no es el plomo, ni la bala.

— Entonces ¿qué es pues?, dijeron algunos.

— Es la velocidad. Denme ustedes una bala.

Entonces la cogí y la hice saltar en mi mano :

— Ya ven ustedes, dije, que no es peligrosa por sí misma.

— Seguramente, replicaron. Nosotros no hemos dicho jamás eso; pero en una escopeta...

— En una escopeta, no es ella la que obra, sino la velocidad. Cualquier otro objeto produciría el mismo efecto.

Estábamos en los postres y comíamos queso. « Vean ustedes, dije, un pedazo de gruyère. Si uno de esos señores acostumbrado a cargar una escopeta, se toma el trabajo de reemplazar una bala por un cilindro de este



queso calibrado a la dimensión de su arma, apuesto todo lo que ustedes quieran que atravesará con este queso la plancha más gruesa. »

Se hicieron comentarios sobre la imposibilidad de mi aserto, se animó la cuestión y se apostó : cada uno apostó un franco. Si la experiencia salía bien, yo ganaba treinta francos. Mientras servían el café, se salió al patio, donde se encontró una vieja puerta de encina, de dos centímetros de espesor, que apoyé oblicuamente contra un muro, a fin de que se presentase perpendicularmente al cañón de la escopeta, e invité a que se firara sobre ella a veinte centímetros de distancia.

El cazador que había preparado su escopeta, me la tendió.

— No, no, le dije, a usted el honor.

— No, no, a usted!

— ¿ Por qué? Yo no he cogido jamás una escopeta en la mano. ¿ Supone usted que existe peligro en disparar? Antes afirmaba usted que sin bala, el tiro no tenía ningún valor.

Finalmente, nadie quiso disparar.

Entonces cogí la escopeta y tiré. Un agujero neto atravesó la puerta de encima, haciendo saltar en astillas la parte de atrás de la abertura.

Aplausos, estupefacción y colecta de los treinta francos.

— Los cojo, dije, pero no los guardo. Háganme el obsequio de entregarlos al maestro de escuela para hacer de ellos lo que más le convenga en favor de su colegio.

« Mis queridos compatriotas, añadí al entrar para tomar el café, meteos en la cabeza la fórmula  $mv^2$ . La fuerza aumenta como el cuadrado de la velocidad  $v$  y la masa  $m$  concluye por resultar insignificante si la velocidad es considerable. Con una masa débil, animada de una gran velocidad, se obtienen los mismos efectos que con una fuerte masa animada de una débil velocidad. Ensayen de atravesar de un sablazo un chorro de agua de una manga de riego, y no lo conseguirán si es rápido. Y no olviden que en coche, en la bajada de nuestras cuestas, el peligro no aumenta en proporción de la velocidad, sino en proporción de la velocidad multiplicada por ella misma. Si

la velocidad es tres veces mayor, el peligro es nueve veces más de temer. »

Durante aquellas vacaciones, por demás encantadoras, una sombra había oscurecido mi cielo. Una observación dolorosa había venido a oponerse a los placeres y las satisfacciones de todo género de que estaba rodeada mi permanencia en el Alto-Marne. Yo no había encontrado perfectamente felices a mis queridos abuelos a quienes amaba tanto. Sus tierras, viñas, prados, campos o bosques no producían casi nada, porque no tenían hijos, ni parientes, ni criados para cultivarlos, y a su edad, de setenta y cinco años o más, sus fuerzas disminuían. Hasta habían tenido que hacer empréstitos por una cantidad un poco pesada, de varios miles de francos, de la que tenían que pagar el interés del 5 por 100. Aquello era el apuro, el tormento, la preocupación perpetua, y aun recogiendo su trigo, su vino, sus legumbres, etc., era casi la pobreza.

Habiéndome favorecido la suerte, me pareció que mi primer deber era sacarlos del apuro. Sin aquellos malditos intereses a pagar cada año, podían aún vivir. Yo les consulté. Yo podía reembolsar las sumas prestadas y comprar a mi nombre todas sus pequeñas propiedades, dejándoles el usufructo. Así se verían libres de todo cuidado. Esto fué lo que hice, y así pudieron vivir tranquilos en adelante. A su muerte, dejé igualmente el usufructo de todo a mis padres, que habían vuelto al Alto Marne. Así fué como mis primeras economías fueron consagradas a la compra de propiedades que jamás me han producido un céntimo y que no me lo producirán nunca, porque,



habiendo muerto mis padres, después el modesto colono que las cultivaba por su cuenta no saca de ellas ningún producto apreciable. La miseria es grande en aquellos pobres países, y se puede pensar que lo que yo he hecho es absurdo. Escribo mis recuerdos y, aun en lo absurdo, transcribo las cosas tales como ellas son.

## XX

*Dios en la Naturaleza* : mi séptima obra. — *Estudios y lecturas sobre la Astronomía* : mi octava obra. — Un pequeño observatorio junto al Panteón. — Atractivo de las investigaciones astronómicas. — La Exposición de 1867. — El ojo de Gambetta. — La Sociedad aerostática de Francia. — El globo del emperador y el mariscal Vaillant. — Viajes en globo. Invencción de un fotómetro. — Un descenso sensacional. — Mi novena obra : *Viajes aéreos*.

A mi regreso a París, me puse al trabajo con más ardor que nunca : estudios astronómicos en el *Cosmos*, disertaciones científicas en el *Magasin pittoresque*, colaboración regular en *le Siècle*, cursos de astronomía popular en la Escuela Turgot y conferencias del boulevard des Capucines. Pero, por encima de todo, me hostigaba una idea general. La nueva filosofía alemana hacía gran ruido en los periódicos franceses : Virchow, Büchner y Moleschott afirmaban que el Universo no es sino un mecanismo y que la vida y el pensamiento no son sino un producto de la materia. Se les escuchaba, se les proclamaba y, al mismo tiempo, por oposición, los escritores católicos permanecían encerrados en un cuadro no científico que databa de Santo Tomás de Aquino y me recordaban la historia del avestruz ocultando su cabeza bajo el ala